

Solo

Rana Dasgupta

Traducción de Marta Alcaraz Burgueño



Duomo ediciones

Barcelona 2011

Título original: *Solo*

Copyright © 2009, Rana Dasgupta
All rights reserved

© por la traducción, Marta Alcaraz Burgueño, 2011

Primera edición en esta colección octubre 2011

© Antonio Vallardi Editore, Milano
Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Calle La Torre, 28 bajos 1ª Barcelona 08006 (España)
www.duomoediciones.com
Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

DEPÓSITO LEGAL: B. 23.752-2011

ISBN: 978-84-92723-73-7

Diseño de interiores:
Agustí Estruga

Corrección del texto:
Montse Triviño

Fotocomposición:
Grafime. Mallorca, 1. Barcelona 08014 (España)
www.grafime.com

Impresión:
Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Printed in Italy – Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

para mi querida Monica

PRIMER MOVIMIENTO

«Vida»

Magnesio

1

El hombre se ha despertado de repente en plena noche. Hace un tiempo anormalmente caluroso para esta época del año; tiene la garganta irritada y todos los pliegues del cuerpo llenos de sudor.

Se tambalea hacia el lavamanos en busca de agua. Luego se sienta en el sillón y resopla un par de veces para limpiarse la nariz.

Están haciendo reformas en la estación de autobuses que se ve por la ventana, a estas horas ya se oyen los taladros.

Con el fin de reducir los índices de criminalidad, en el patio delantero de la estación se han instalado dos focos cegadores que, por lo visto, han debido de engañar a los pájaros, que ahora dirigen sus coros al alba a medianoche, justo cuando el hombre consigue caer dormido. En este preciso instante chillan como posesos.

El hombre respira pesadamente en su sillón mientras en la habitación en penumbra el resplandor halógeno del exterior lo abrasa.

Sin reparar en la hora que es, en la estación de autobuses los viajeros gritan, dan portazos y arrancan sus coches moribundos aplicándose con ingenio a generar ruido como si nadie tratara de dormir.

El hombre se acerca al final de su décima década de vida, y su apartamento está en el tercer piso.

La habitación principal mide tres metros y medio por cuatro. Al lado hay un baño, y al fondo, la zona de la cocina. La ven-

tana da a los puestos de delante de la estación en los que venden artículos fabricados en China: despertadores, relojes de pulsera, plantas de plástico, pilas, camisetas, recuerdos y cosas así. También hay cambistas que, sentados, esperan a hacer negocio con la gente que llega de otros países en autobús.

En una esquina del techo del apartamento hay una gotera por la que, cuando llueve, se cuela el agua. El agua ha ido filtrándose lentamente en el yeso formando una figura que recuerda un mapa de Australia; la pintura ha empezado a descascarillarse, y en la habitación ahora siempre huele a cisterna.

La ventana mira al oeste; al apartamento le da el sol por la tarde.

Al gobierno todavía le parece correcto pagarle al hombre su pensión cada mes para que pueda sobrevivir en su miseria. Cuando se retiró, de eso hace muchos años, era una cantidad suficiente: vivía solo y no tenía muchas necesidades. Pero con todo lo que ha pasado con la economía, su pensión ya casi no vale nada y los ahorros se han esfumado. De no ser por la generosidad de sus vecinos, que cada mes lo proveen de lo necesario, ahora se hallaría en una situación gravísima. Son buena gente: le pagan la cuota de la televisión y la mujer le hace las comidas, porque él ya no puede valerse solo.

Pero a él no le gusta tener que molestarlos cada vez que necesita más café o papel higiénico. Ya lleva muchos años en este planeta y considera que tiene derecho a esperar que esas cosas le sean dadas.

Las circunstancias lo volvieron ciego, pero la facultad del oído la conserva intacta, y su principal entretenimiento sigue siendo la televisión. Se sienta ante concursos de belleza a cuyas concursantes no puede ver, ante series de época inglesas mal dobladas, ante programas de viajes, pornografía alemana y todo tipo de ciencia moderna.

A veces, bien entrada la noche, cuando el televisor está apagado, oye el timbre interminable de un teléfono en algún lugar

SOLO

del piso de abajo y se queda despierto, preguntándose dónde diantres se alojará ese lamento y qué andará buscando con tanta insistencia en ese edificio.

Por la tarde, la brisa trae consigo un ligero olor a la orina del muro que queda debajo de su ventana. Todos los hombres que pasan por la estación de autobuses se esconden tras el muro para aliviarse. En la estación hay servicios públicos, pero, según parece, no pueden compararse con el muro, que para cualquier hombre con la vejiga llena reviste un encanto irresistible. Ni siquiera los hombres que nunca han pasado por el muro y que no advierten la fetidez de un barro que lleva ahí veinte años se paran a mirar dos veces los cubículos rotos del extremo de la plaza. En cualquier momento pueden verse dos o tres hombres al abrigo del muro, sacudiéndose las últimas gotitas.

Las mujeres usan los cubículos aunque estén rotos.

En los días de calor, el hedor se vuelve insoportable; la lluvia llega como un auténtico alivio a limpiarlo todo, y cuando cae con fuerza, el ciego se sienta al lado de la ventana para oír ruidos próximos y lejanos: cómo rocía los árboles igual que si fuera seda, cómo tamborilea pesadamente sobre las cisternas de plástico, cómo salpica por carreteras y asfalto, cómo arranca distintos tonos metálicos de los techos de los coches y las tapas de las alcantarillas, cómo vibra igual que un barítono sobre la lona, cómo se desborda en un fango pegajoso, cómo sale a borbotones de los desagües. Y durante unos instantes el paisaje se le aparece de repente y se acuerda de lo que era ver.

A excepción de la espalda, que lo tortura cada mañana, el hombre todavía goza de una salud pasable, pero su muerte no puede quedar muy lejos. Lo dicta el peso implacable de los números.

De niño solía observar a su abuela mientras ella ataba vidas de difuntos a los árboles de delante de su casa. Su abuela era de un pueblo cercano al Mar Negro –un pueblo que ahora queda al

otro lado de la frontera–, y eran las hazañas de los muertos de ese pueblo las que se detallaban en los troncos de esos plátanos orgullosos y equidistantes. Daba la impresión de que todos los días se cumplía el aniversario de la muerte de alguien de esa remota aldea. Por la mañana, cuando tomaban el té, su abuela le contaba historias mientras redactaba las necrológicas. Las ataba con un cordel a los árboles, donde iban descomponiéndose en la lluvia hasta que las reponía al año siguiente.

–¿Cómo te acuerdas? –le preguntaba a su abuela una vez, y otra, porque le parecía maravilloso que la historia entera de esa dinastía perdida pudiera quedar preservada en cabeza de la anciana. Pero como su padre no aprobaba aquella costumbre rural, la vida de su abuela nunca terminó pegada a un árbol.

Receptivo al más allá, como todos los niños, el hombre tenía en aquel entonces un sentido muy acusado de la infinitud de las generaciones. Había visto a gente enterrada en la tierra con los ojos cerrados; y veía la tierra cortada en sección, capas de cuerpos dormidos amontonados, unos encima de los otros, hasta unas profundidades tan vertiginosas que la ligereza de la vida en la superficie se le aparecía como el sueño colectivo de los durmientes, que, callados y eternos en su refugio húmedo, eran muchísimo más numerosos que los que tenían los ojos abiertos.

Esas intuiciones de su niñez lo habían asaltado recientemente mientras escuchaba un programa de televisión sobre un pueblo que había quedado anegado tras la construcción de una presa. Al cabo de ochenta años, cuando la presa fue demolida, las aguas del lago se retiraron, el río retomó su curso original y el pueblo volvió a alzarse bajo la luz del sol.

Los daños habían sido numerosos, por supuesto. El agua había disuelto el revoque de las paredes y los tejados habían cedido. A los edificios de madera se los había llevado la corriente, pedazo a pedazo. Todos los árboles habían muerto y, tras el desagüe, el hedor de peces muertos y algas había impregnado el pueblo durante semanas. Pero en las calles todavía se veían coches aparca-

dos, modelos antiguos que el hombre recordaba de su juventud. Había relojes parados en horas distintas, y una sala de cine con títulos de películas viejas anunciados en la cartelera. Las señales de tráfico habían aguantado firmes durante todo ese tiempo, indicando el camino a destinos sumergidos. En todas las casas había algo que sus moradores habían dejado. Un hombre encontró un tarro de pepinillos en conserva en una cocina, los probó y dijo que estaban buenos. Algunos ancianos que habían vivido en el pueblo antes de la inundación volvieron para visitarlo. Se sintieron transportados a una fantasía de la infancia.

Últimamente, el hombre se dedica a examinar los acontecimientos más importantes de su vida para tratar de descubrir reliquias que podrían haber quedado sumergidas. No tiene familia, por supuesto, todos sus amigos han muerto, y sabe que no hay un solo ser vivo que pueda estar interesado en sus pensamientos. Pero lleva mucho tiempo sobreviviendo y no quiere que todo termine en una decadencia sin sentido.

Antes de perder la vista, el hombre leyó esta historia en una revista: un grupo de exploradores descubrió una comunidad de loros que hablaban el idioma de una sociedad desaparecida a raíz de una catástrofe reciente. Estupefactos ante tal descubrimiento, metieron a los loros en jaulas y los enviaron a su país para que unos lingüistas registraran lo que quedara de aquella lengua perdida. Pero los loros, traumatizados por la devastación de la que habían sido testigos, murieron durante el viaje.

El hombre experimenta un sentimiento fraternal hacia esos pájaros. Siente que, como ellos, carga con una herencia hecha jirones y está demasiado aturdido como para poder transmitirla.

Por eso vuelve a examinar su vida. No tiene ni bienes ni herederos, y si encuentra algo que dejar, estará escondido muy adentro, enmarañado, difícil de encontrar.